



Y me nació este amor

por Christian Schmirman

Te quiero hasta la luna, de Matías Puricelli. Dirigida por Matías Puricelli. Con Sofía González Gil y Francisco Ruiz Barlett. En el Teatro La Mueca. Cabrera 4255. Funciones: Lunes 20.30 hs. Entrada: \$ 80.

Cuando se sale de Disfrutar (sobradamente justificada la mayúscula) la obra *Te quiero hasta la luna*, es muy natural el intento de una reflexión "seria" (así, entre comillas) sobre el fundamento de tanto gozo, tanta sonrisa lograda gracias al buen teatro. En estos tiempos ansiosos, de definiciones del campo social y político, parece que el tironeo bipolar va a rasgarnos si no decidimos con urgencia. En este momento, cuando se ponen las cartas sobre la mesa sobre qué cursos debe tomar este colectivo desbordado que llamamos país, aparece una obra maravillosa como *Te quiero...*, y después del placer y el juego se cae inevitablemente en la necesidad de saber qué tiene que ver con toda esta realidad una pieza teatral así, hoy y aquí.

El cuento de *Te quiero...* es simple y adorable como una *sitcom* para adolescentes: dos jóvenes que se conocen desde la escuela primaria se prometieron viajar juntos a la luna, y el momento presente de la obra los encuentra embarcando en esta aventura. Pero pasaron más de veinte años desde el trazado de esos planes, y las cosas parecen haberse complicado: de amigos en la infancia y novios adolescentes, hoy son dos extraños. Hace mucho que no se ven y cada vez que se hablan no logran ponerse de acuerdo en nada. De tan distintos, son casi iguales. Pero hay una voluntad común, actual y poderosa, de recuperar eso que fueron, que deberían seguir siendo. Entonces se sumergen para bucear en el pasado que tuvieron en común, quizás intentando recuperar el tiempo perdido para volver a unir los eslabones de la cadena de cariño que los unió alguna vez.

Primero, hay que levantar la bandera en defensa de la ternura. Porque *Te quiero...* lleva en alto el escudo y las armas por una vuelta a la ingenuidad primera (y segunda, y otras tantas). Sin dramatismos ni tragedia, como buscando las piezas claves de eso que parece haberse desgastado hasta el desamor, los personajes (Francisco Ruiz Barlett como Pablo, y Sofía González Gil como Julia) viajan sin metáforas, casi literalmente, al pasado, cuando jugaban juntos. Porque es allí donde vive el núcleo de lo que fueron luego como pareja y lo encuentran, en medio de una historia minúscula por su cotidianidad más simple, pero impecable, blanca y redonda como esa luna que fueron a visitar.

Y es por aquí donde la obra parecería necesitar una defensa desde la política, esa señora sería, como diría Cortázar. Sin embargo, también es aquí por donde *Te quiero...* se define y expone sus argumentos. Hay en la obra una ética de la convivencia fundamentada en la obligación de asumir que los vínculos son también lo que fueron antes. Y en esta política del querer-estar-juntos se puede ver aceptación y tolerancia, humor y amor, respeto por la diferencia, saber que cada uno es parte y se complementa desde el otro, que siempre vive más allá de la piel de uno, aunque no se pueda ver lo que ve el otro, pero aceptando su particular punto de vista. Como bien observó Marx, es en la literatura (y qué es sino la dramaturgia) de una época donde se hacen patentes las estructuras ideológicas de ese tiempo.



El vestuario, inteligentemente seleccionado, funciona como disfraz: se recurre a los cambios de vestimenta para volver al pasado, para ser los chicos que fueron. Gran acierto de Sofía González Gil, que ocupa esta área, utilizar piezas de vestimenta que no precisan cambios de escena. Sólo basta con que se modifiquen los peinados, se abra o cierre una camisa, se suban o bajen unas medias, para activar la máquina del tiempo. En este sentido, otros grandes aciertos son la iluminación y la musicalización, que con sutiles intervenciones colaboran en crear el efecto de atrás y adelante en los juegos temporales.

La escenografía, compuesta en su mayoría por elementos de color rojo (¿será en alusión a Marte, ese otro sueño galáctico de la humanidad?) ayuda y acompaña con su minimalismo: un par de sillas, unas lámparas, un marco que hace de ventana. Justa en funcionalidad, nunca decorativa, no sobra ni falta nada. Algunas canciones, peleas y reconciliación, quizás algún proyecto de vida futura en común aguarda a los viajeros. Promesas que pueden parecer frágiles y endebles bajo las circunstancias, pero tan serias y honestas como todas las promesas que hacen los chicos. Este viaje a la luna se ha completado con éxito.

(0) Comentarios

Dejar un comentario

Nombre

Email

Comentario



Última actualización:
11-10-2016 14:56:29

buscanos en facebook!



IUNA
Instituto Universitario Nacional del Arte
Azcuénaga 1129. C1115AAG
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 5777.1300

Área Transdepartamental
de Crítica de Artes
Bartolomé Mitre 1869
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 4371.7160 / 4371.5252

Las apreciaciones expresadas en los artículos publicados en ArteCríticas son de entera responsabilidad de cada autor. Esta publicación online no se hace responsable de ellas.